

bagajes, y muchos miles de excelentes caballos, de que tenia una necesidad extremada. Por Madrid se hicieron desfilar cerca de veinte mil prisioneros, que inmediatamente fueron dirigidos á Francia. Solo faltó á este triunfo ser alcanzado contra ingleses.

Naturalmente la agitacion fué vivísima en Sevilla, y produjo contra la Junta central un nuevo desencadenamiento de pasiones. Mas osadamente que nunca se reprodujo entonces el proyecto de sustituirla una regencia: pero el marqués de la Romana, empeñado antes en destronar á aquella Junta, ahora que habia recibido de ella la principal parte del poder ejecutivo, apresuróse á reprimir á sus mas inquietos contrarios, y mandó prender á don Francisco Palafox y al conde de Montijo. Por desgracia las malas nuevas sucedianse de la manera mas alarmante: se sabia en aquel momento que se habia rendido Gerona; que el general Kellermann, unido al general Marchand, habia vengado el descalabro de Tamames y rechazado al duque del Parque en la batalla de Alba de Tormes; que se habia firmado la paz entre Francia y Austria; que Napoleon habia vuelto á Paris victorioso, y que dirigia sobre la Peninsula numerosas tropas á marchas forzadas; que, finalmente, los ingleses, censurando mas que nunca la imprudencia de la última campaña, se metian en Portugal, para buscar allí la seguridad en la distancia. A tan repetidos golpes, no viendo la Junta mas asilo que en el fondo mismo de la Peninsula, detrás de las lagunas que cubren á Cádiz, resolvió que se reuniria en la isla de Leon á principios de 1810, á fin de preparar allí la convocatoria y la reu-

nion de las Cortes para el dia 1.º de marzo.

Asi, á pesar de las numerosas dificultades inherentes á la guerra de España, á pesar de todos los tropiezos de este año de 1809, durante el cual se habia hecho tan triste uso de las admirables tropas acumuladas en la Peninsula, se puede decir que la campaña terminaba ventajosamente y hasta con brillo. Lícito era, pues, esperar, si realmente se sabia sacar partido en 1810 de las fuerzas preparadas por Napoleon, si, sobre todo, él mismo dedicaba aplicacion bastante á los asuntos de España, sin desviarse de su objeto por otras empresas; lícito era esperar, repetimos, un término feliz y quizá cercano á tan larga como cruel guerra.

— Pero, como sucede á menudo y casi siempre, el apuro, el pesar, no reinaban solo entre los vencidos; tambien habia sobra de miseria, de enojo, de angustia en Madrid, en la corte del rey actualmente triunfante. José no tenia en España menos desvelos y motivos de disputas con su poderoso hermano que Luis en Holanda, y si no se sentia tan agitado, era por su menor energia de sentimiento y por su mayor seso y cordura. Ya se ha visto que no carecia de aspiraciones militares; que ademas se creia hábil para cautivar los corazones, prudente y sensato en el arte de gobernar; que estaba persuadido, de que si se le dejara obrar á sus anchas, llegaría mas fácilmente á vencer á los españoles con halagos que su hermano con la pólvora; que por una propension común á todos los reyes, ascendidos á tales por la gracia de Napoleon, habia abrazado la causa de sus nuevos súbditos, sobre todo contra los ejércitos franceses encarga-

dos de sujetarlos á su cetro; que se quejaba de continuo de los malos tratamientos de los franceses contra los españoles, y que Napoleon, despues de haberse mofado de su genio militar y de su arte de seducir á los pueblos, considerando menos de broma esta parte de su política, se encolerizaba vivamente cuando veía que á los ojos de José eran mas caros los españoles que los soldados franceses, que derramaban su sangre para afirmarle en el trono de España. Se entregaba á singulares arrebatos, que, trasmitidos á Madrid sin contemplaciones, producian entre ambas córtes una irritacion de las mas importunas y sobre todo de las menos decentes. Con efecto, los ingleses habian recogido de manos de los guerrilleros mas de una carta interceptada á correos franceses (1), y no dejaban de ostentar en sus periódicos el triste espectáculo que la familia imperial ofrecia.

(1) En Inglaterra poseen una parte de la correspondencia privada de José, particularmente con la reina su esposa, que se habia quedado en Paris, y le referia menudamente cuanto le interesaba, propendiendo mas á calmar que á irritar realmente. En nuestros archivos existe la correspondencia autógrafa de José con Napoleon, la del embajador de Francia Mr. de Laforest, la de un gefe de la policia francesa en España, hombre agudo y templado, por último, la del general Belliard, gobernador de Madrid; y en estos documentos autenticos, frecuentemente contradictorios, pero fáciles de concordar cuando se sabe descubrir la verdad por entre las pasiones contemporáneas, he adquirido los pormenores que aqui reuno, y de cuya exactitud rigorosa respondo. Segun mi costumbre, suavizo los colores para ser mas verdadero, porque los colores de cada tiempo son siempre exagerados, y no quiero fundar mi relacion sino en la parte incontestable de los documentos de que hago uso.

Naturalmente el rey José, á semejanza de sus hermanos en Amsterdam, Cassel y Nápoles, quiso crearse en Madrid una corte. Algunos franceses li-sonjeros, militares ó administradores mediocres, algunos españoles parciales de la nueva dinastía, aunque sonrojándose á los ojos de sus compatriotas del partido que habian abrazado de buena fé á pesar de todo, componian aquella córte, á la cual José dispensaba toda confianza, revelaba su espíritu de buen grado, distribuia las únicas mercedes de que disponia, y que en cambio admiraba su superior talento, su rara bondad, su arte de tratar con los hombres, le hallaba diferente sin duda de su glorioso hermano, pero no tan inferior como se complacian en divulgarlo en Francia. Estos aduladores de José se esmeraban en repetir que Napoleon estaba rodeado de aduladores, que exageraban su mérito á expensas del de sus hermanos; que, sin contradiccion, tenia un genio militar que no podia desconocerse, pero sin ninguna mesura, sin ninguna prudencia; que nada sabia hacer sino por la fuerza y con precipitacion desordenada; que quizá llegara tiempo en que se perdiera y perdiera á su familia; que, por el contrario, José, mas dulce, mas político, tan grato á los ojos de Francia y menos odioso á los de Europa, valdria mejor para llevar la obra imperial á dichoso remate. Algunos de estos aduladores de Madrid, tan buenos jueces de los aduladores de Paris, cometieron durante la campaña de Wagram la imprudencia de calcular las eventualidades que amenazaban la cabeza de Napoleon, y aun, encomiando su personal bravura, dijeron que sin duda seria un doloroso accidente la muerte de tan

grande hombre, y un luto profundo para todo el que amara el genio y la gloria, pero que este infortunio no sería tan de bulto como se imaginaba para el imperio; que la paz vendría á ser tan fácil como era difícil entonces; que se podrían restituir á Europa los países temerariamente incorporados á Francia, satisfacer á Inglaterra, permitir que el papa volviera á Roma, aliviar á las poblaciones agobiadas de fatiga, conseguir abundancia en la hacienda, hacer el ejército francés mejor que era, no conservando mas que los hombres dedicados por costumbre y por afición al ejercicio de las armas, y enviar los demas á sus hogares, poner la misma familia imperial bajo una autoridad mas suave y conciliadora que la de Napoleon, dar en fin á Francia y Europa un reposo ardientemente deseado, una estabilidad que faltaba al bienestar de todo el mundo. Estas cosas, que no carecian de verdad, decianlas imprudentemente los familiares de José delante de generales, que las trasmilian á Napoleon por odio á la corte de España; delante del embajador de Francia, que por deber daba cuenta de ellas; delante de una policia, que las comunicaba por oficio, y ya se concibe la irritacion que en París habian de producir sin remedio.

Bien hubiera querido José pagar la admiracion de sus aduladores, pero en sus escaseces no podia valerles de mucho. Todas sus rentas se reducian á las contribuciones de Madrid, pues de ninguna de las provincias ocupadas por nuestras tropas le enviaban dinero. La única bien administrada, que era Aragon, apenas alimentaba al ejército, y Cataluña, Navarra, Asturias, Casti-

lla la Vieja, horrorosamente destrozadas, se hallaban en la imposibilidad de contribuir á otras cargas que las que se satisfacian en especie para la manutención de las tropas de paso. Contando lo que percibia de Madrid y de su provincia, no percibia José mas que 4.000.000 mensual, necesitando tres por lo ménos para las necesidades indispensables de su casa, de su guardia y de los funcionarios que recibian sus órdenes. No le quedaba mas recurso que el de la creación de vales sobre los bienes nacionales, especie de asignados que servian para comprar las fincas ocupadas á los frailes y á las familias proscritas. (Sin embargo, Napoleon se habia reservado las posesiones de las diez primeras casas de España). Este recurso, que subia nominalmente á unos 100.000.000, por efecto del descrédito del papel se reducía á 30 ó 40. José acababa de agotarlo, despues de absorber el precio de las lanas cogidas en Burgos, y de las cuales solo habia recibido una parte. Con esta suma distribuyó algunas mercedes á sus favoritos, añadió algunos títulos de nobleza, algunas condecoraciones, y por último, algunos grados en su guardia; que tambien habia creado una guardia, que le costaba mucho y se componia de prisioneros españoles, que aceptaban este servicio por no ser llevados á Francia, y desertaban en seguida, llevándose los magníficos uniformes que se les habian dado.

Para justificar estos actos decia José que preciso era que un rey tuviese que dar algo, que pudiese recompensar á los franceses unidos á su suerte, pues le habian seguido de París á Nápoles, de Nápoles á Madrid, é indemnizar á los españoles

que, por adherirse á su servicio, se habian separado de sus compatriotas; y que ademas estaba obligadísimo á formar un núcleo de ejército español, porque España no podia ser guardada de continuo por los franceses. Todo esto era muy sostenible.

Sin embargo, José tenia por qué arrepentirse de otras debilidades. Bastante friamente acogido por las tropas francesas, que no veian en él un amigo, ni un general; mas friamente aun por sus súbditos de Madrid, que no veian en él á su príncipe legítimo, vivia en el fondo de su palacio, ó en el Pardo, sitio real en que hacia muchos gastos por tener, como Felipe V, su Granja. Allí pasaba una gran parte del tiempo, rodeado de los amigos lisonjeros, de cuyos discursos acabamos de dar noticia, y tambien habia encontrado allí una princesa de los Ursinos en una señora hermosa y de talento, que se contaba entre el escaso número de damas españolas que se atrevian á aparecer en la corte.

No habia pues que tachar en la conducta de José mas que algunas debilidades como las que se hallan en toda corte antigua ó moderna; pero Napoleón, implacable respecto de los caprichos que se queria perdonar á sí propio, y no á sus hermanos, por no tener como él la brillante excusa del genio y de la gloria, irritado por una porcion de malévolas relaciones, y sobre todo por la idea de que torpes cortesanos buscaban quizá en tal miembro de su familia un sucesor al Imperio, no contemplaba mas á la corte de Madrid que habia contemplado á la de Amsterdam, y aun cabe decir que mucho menos, pues á las causas de enojo, que acabamos de referir, se añadian de continuo las

mortificantes desazones de la guerra de España. Decia á la esposa de José, retenida por razon de salud en Paris, al mariscal Jourdan, vuelto á Francia, á todos los generales, que iban y venian, á Roederer, que frecuentemente habia servido de mediador entre los dos hermanos, que José no tenia idea alguna de la guerra; que tampoco tenia genio ni carácter; que, á no ser por los franceses, en número no de trescientos, sino de cuatrocientos mil, que iban á ser necesarios muy pronto, José no permaneceria mas de ocho dias en España; que las pretendidas seducciones de su carácter le llevarian dentro de poco tiempo á Bayona como en 1808: que, echándosele de emperador en un consejo de Estado, en medio de algunos personajes mediocres, que sabian de administracion poco y bien ó mal hablaban de algunos negocios administrativos, nadie era político, así como nadie era general por seguir un ejército y dejar hacer al jefe de estado mayor, ó no dejarle, lo cual era peor todavía; que la dulzura podria tener su valor, pero nunca antes de haber prevalectido la fuerza; que hasta el presente habia que hacerse formidable, fusilando sin piedad á los *bandidos*, que degollaban á nuestros soldados, y ocuparse en proporcionar alimento á los franceses, antes de pensar en guardar contemplaciones á los españoles; que sin duda esta era una manera de reinar muy penosa, muy cruel para un carácter tan dulce como el de José, pero que, bien mirado todo, él, Napoleón, no le habia forzado á ser rey de España, habiéndoselo ofrecido, mas no impuesto, y siendo menester, ya que habia aceptado, que llevase esta corona por pesada que fuese; que relativamen-

te á los apuros rentísticos, solo eran imputables á la incapacidad de José y de sus ministros; que ya habia costado España al tesoro imperial de doscientos á trescientos millones, y no era cosa de arruinar por ella la Francia; que España era rica, contenia recursos inmensos, y si él, Napoleón, pudiera venir á su seno, se encargaria muy bien de hacer vivir á sus ejércitos y de encontrar ademas el aditamento necesario para los servicios civiles; que iba á enviar ciento veinte mil hombres de refuerzo para acabar esta guerra importante, pero que á los gastos de equiparlos, de armarlos, de instruirlos, no podia añadir el de alimentarlos; que, á lo sumo, podria suministrar dos millones mensuales para el sueldo (ya hemos referido esta resolución de Napoleón y explicádola al referirla), pero que fuera de aqui no haria nada, porque á lo imposible no está obligado nadie; que cuando se experimentaban apuros, como los que en son de queja decia padecer su hermano, no se debian tener favoritos, ni favoritas, ni prodigar los escasos recursos que hubiera á lisonjeros sin utilidad alguna; que la creacion de la guardia real era inútil y aun peligrosa, pues absorbería infructuosamente un dinero necesario para otros usos, fuera de que á la primera coyuntura desertaria toda entera; que tomar prisioneros de Ocaña, como se habia hecho, para trasformarlos en guardias del rey era un escándalo y una insensatez, pues equivalia á dar calor á enemigos en el propio seno, que al menos por algunos años no habia mas arbitrio que contentarse con soldados franceses; que vanamente se aspiraria con la creacion de un ejército español á la independencia de Francia, im-

posible en el estado actual de las cosas; que rayaba en el colmo de lo ridiculo esta independencia con cuatrocientos mil franceses dentro de España; que era menester resignarse ó á no ser rey, ó á serlo por Napoleón, á su albedrío, segun sus miras y voluntades; que seria gran fortuna que pudiera ir allí á pasar algun tiempo (lo cual temia la corte de José sin disimular sus temores); que con su presencia pondria orden en todo y enmendaria muchos yerros, pero que á falta de su presencia era necesario someterse á su voluntad; que, por lo demas, si no se trataba de gobernar y administrar de otra manera que hasta entonces, recurriria á un medio tan sencillo como el de convertir en gobiernos militares las provincias ocupadas por los ejércitos franceses, sin perjuicio de restituirlas al rey cuando la paz se celebrara, bien que en este caso convendria quizá que obtuviera Francia una compensacion por sus esfuerzos y sus gastos; compensacion que la naturaleza de las cosas indicaba harto á las claras, si al cabo habia que apelar á este recurso, pues no seria otra que la de las provincias comprendidas entre los Pirineos y el Ebro.

Estos designios, transmitidos sin exageracion alguna, siendo imposible exagerar las palabras de Napoleón, puesto que revelaban siempre hasta la extremidad de sus ideas, sumian al infortunado rey en el desconsuelo. A su decir, ya era muy digno de lástima por efecto de las inconveniencias sin número de algunos generales franceses, pero que, si ademas tenia que aguantar gobiernos militares, en sus territorios y que pasar por la amargura de anunciar á su pueblo la desmembracion

de la monarquía, entonces, no cuatrocientos mil hombres, sino un millon de ellos se necesitaría para contener á los españoles, y aun este millon no sería bastante, y aun cuando pasara los Pirineos toda Francia, no vendria al cabo de tales designios, si no mataba cada francés á un español para ocupar en la Península su puesto. Destinarle semejante papel, equivalia á querer que reinara sobre cadáveres; y mas valia destronarle de un golpe que mantenerle á tal costa en el trono.

Ya se puede notar que, bajo formas diferentes, la querella de Luis con Napoleon se reproducia en España, y que Napoleon no ganaba mucho en emplear como instrumentos de su dominación á sus hermanos, pues, á pesar de ellos, trasformábanse de seguida en representantes de los intereses, que ansiaba inmolar á sus inflexibles designios. En su hermano Luis habia visto ingerirse con fuerza el espíritu independiente y mercantil de los holandeses; en José veia reproducirse la impresion de parte de los padecimientos, que pesaban sobre la España sin ventura. De temer era que, tanto en un país como en otro, la fuerza de las cosas menospreciada se sublevara antes de mucho con una energía vengadora, de la cual los hermanos de Napoleon, sin que lo echaran de ver ellos ni él mismo, no eran mas que precursores muy flojos.

Sea como quiera, consolado José en aquel momento por la victoria de Ocaña y por la toma de Gerona de las pesadumbres de este año; recibiendo de sus emisarios en Andalucía la seguridad de que el mediodía de España, tras la fatiga de la agitacion de los partidos, no deseaba mas que ver-

le para adherirse á su causa, se lisonjeaba de llegar al término de sus penas; y por su parte Napoleon, con las decisivas resultas de los grandes recursos acumulados para 1810, se lisonjeaba de llegar al término de sus sacrificios. La esperanza templaba la desesperacion del uno y la imperiosa cólera del otro, y ninguno de los dos pensaba mas que en hacer tan fructuosa como fuera posible la campaña que iba á tener principio.

José queria comenzar esta campaña por una expedicion á Andalucía. Sus ministros, españoles adictos á la nueva dinastía y varones de algun mérito, como los señores Ofarril, Azanza, Urquijo, pensando, ni mas ni menos que él, que valia mas la suavidad que la fuerza; que se necesitaban en España pocos franceses y muchos millones; que era menester hablar de Napoleon poco, de José mucho, y de desmembraciones de territorio nunca, discurrían haber hallado en la conquista de Andalucía una coyuntura de hacer prevalecer sus intentos. Dando oídos á españoles residentes en Sevilla, que pintaban á Andalucía cansada del gobierno de la Junta, y pronta á rendirse á la nueva dinastía, figurábanse poder llegar á este objeto sin resistencia; que, teniendo la fuerza escasa parte en la conquista, conservaria allí poco imperio; que José, con su arte de ganarse los corazones, sería el conquistador único de tan hermosa provincia, cabiéndole así la gloria y á la par el provecho; que Granada y Valencia imitarían en breve á Sevilla, y Cadiz lo propio; que así tendria bajo su autoridad directa casi todo el Mediodía de España; que allí podria encontrar recursos rentísticos abundantes; que en estos recursos y en la

distancia hallaria cierta independenciam de su hermano; que, en suma, no empezaria á ser rey de España mas que en Andalucía, y que allí se verificaria el triunfo de su sistema, de su persona y de su trono. José, á quien era fácil persuadir de estas cosas, solicitaba con vivas instancias en París el permiso para hacer la conquista de Andalucía. Viendo el mariscal Soult las mismas facilidades, especialmente de resultas de irse metiendo en Portugal las tropas inglesas, deseando dar cima á tal empresa para borrar el recuerdo de Oporto, esforzaba cerca de Napoleon la idea de una expedicion á Andalucía, y para alentar mas á José mostrábasele como lugarteniente sumiso y devoto.

Napoleon vacilaba á pesar de todo, y como no solia cuando se trataba de resoluciones militares. Sensible era á las ventajas de poseer inmediatamente la Andalucía y quizá por el estímulo del ejemplo los reinos de Valencia, de Murcia y Granada, sometiéndosele de esta suerte el mediodía de la Península de un golpe; mas su gran tacto militar le inducia á pensar que el ejército inglés era su primero y capital enemigo en España; que ante todo convenia dedicarse de lleno á vencerle, para obligarle á que se reembarcara; que, una vez expulsados de la Península, seria fácil ir á caer desde Portugal, á donde habria sido indispensable perseguirle, sobre Andalucía, donde los españoles, ya solos, carecerian de fuerza y hasta de ánimo para la resistencia; que, si aun la ensayaban algunos dias, no seria de larga duracion su defensa, porque la expulsion de los ingleses produciria la paz general sin remedio, y, terminada la paz general, serian las pasiones de los españoles como fue-

go sin pábulo y destinado á apagarse pronto. De consiguiente en su sentir el plan mas militar, y el mas político al mismo tiempo, era marchar en derecha y ante todo contra los ingleses, y efectivamente, con esta mira habia juntado una abrumante masa de fuerzas para lanzarla sobre lord Wellington desde luego. Desgraciadamente se dejó desviar de este proyecto saludable por la seguridad que se le dió de señorear la Mancha y Andalucía sin disparar un solo tiro, y de que por tanto una marcha sin obstáculos proporcionaria las riquezas de Granada y Sevilla y ademas la posesion de Cádiz, con lo que se quitaria á los ingleses el recurso de establecerse en este gran puerto, pues era de temer que, si se les expulsaba de Portugal antes de poseer la Andalucía, se embarcasen en Lisboa para tomar en Cádiz otra vez tierra, lo cual fuera un infausto accidente. Sobre todo dejóse vencer por la consideracion de que las tropas, que encaminaba hácia la Península y que debian invadir á Portugal, no habian aun llegado, ni estarian en disposicion de maniobrar antes de abril ó mayo; de que para entonces ya estaria acabada la empresa de Andalucía, para la cual se pedian quince dias tan solo, y de que, llevadas las tropas que en esto se hubieren empleado hácia Badajoz, todas estarian á las puertas de Portugal, y asi podrian auxiliar por la izquierda del Tajo á las que bajaran por la derecha. No previendo entonces Napoleon cuan grande seria el consumo de hombres cuando se extendieran por aquella comarca devoradora, y no considerando la expedicion de Andalucía mas que como un empleo momentáneo de las hermosas tropas que habia en torno de Madrid, empleo que

permitiría trasladarlas inmediatamente de Sevilla á Lisboa, consintió en la espedicion de Andalucía, sin cuidarse de las consecuencias de esta resolucion funesta. Segun se ha visto anteriormente, habia preparado cerca de ciento veinte mil hombres de refuerzo y pensaba elevarlos á ciento cincuenta mil contra España. Estos ciento cincuenta mil hombres, todos en marcha, se habian reunido del modo siguiente.

Primeramente habian ingresado en los depósitos acantonados en las costas de Bretaña y á lo largo de los Pirineos, y cuyos regimientos unos pertenecian al ejército de Portugal y otros á los ejércitos de España, los treinta y seis mil reclutas sacados algunos dias antes de la paz de Viena para las necesidades de la Península. Estos depósitos pudieron proporcionar inmediatamente en reclutas de los anteriores alistamientos, y ya instruidos, unos veinte y cinco mil hombres de infantería, reemplazados por los dichos treinta y seis mil reclutas al punto. Con aquellos veinte y cinco mil hombres formó dos excelentes divisiones, una á las órdenes del general Loison, antiguo y vigoroso oficial que habia hecho la campaña de Oporto, y otra á las órdenes del general Reynier, oficial distinguido del ejército del Rhin, poco ocupado despues de los acontecimientos de Egipto, y mas prudente que feliz en la guerra.

Estas dos divisiones, enviadas á toda prisa, sirvieron de pronto para relevar á una porcion de destacamentos, retenidos en las provincias del Norte, y no incorporados por consiguiente á los cuerpos de que iban á completar el cupo. Despues una de ellas, la del general Reynier, fué disuelta,

y los batallones que la componian pasaron á sus regimientos respectivos. La otra, formada toda de batallones pertenecientes al sexto cuerpo, fué agregada al mismo para formar una tercera division mandada por el general Loison. Napoleon queria elevar este cuerpo á treinta mil hombres y que con el mariscal Ney á la cabeza fuera parte principal del grande ejército destinado á Portugal contra los ingleses. Asi, despues de oír al mariscal Ney, hizo-le partir de Paris, diciéndole que de su energia no podia hacer mejor uso que el de volverle á enviar á España contra el ejército de Inglaterra. Con efecto, el mariscal vino á ponerse al frente del sexto cuerpo reforzado y estableció su cuartel general en Salamanca.

A este primer envio ejecutado con urgencia añadió Napoleon otro. Anteriormente habia reunido en Suabia á las órdenes del general Junot, cierto número de los terceros y cuartos batallones de los regimientos que servian en España, á fin de componer una reserva en vista de la guerra de Austria. Celebrada la paz, dirigiólos de nuevo hácia los Pirineos, despues de completarlos en el camino, unos para incorporarse en España á sus regimientos respectivos, cuando la inmediacion de los campamentos lo permitiera, otros para formar á las órdenes del general Junot un segundo cuerpo de treinta mil hombres, destinado al ejército de Portugal de igual modo. Quedaba un tercer cuerpo en los depósitos de infantería estacionados junto al Elba y el Rhin, donde habia una multitud de jóvenes ya instruidos y sin ocupacion alguna en el Norte. Cuadros destacados de estos depósitos debian conducirlos á España, y despues de dejarlos



alli volverian al Norte, su habitual morada. Estas diversas combinaciones podian suministrar al rededor de ochenta mil hombres de infanteria. De nueve á diez mil ginetes debian proporcionar los dragones, cuyos escuadrones terceros y cuartos iban á retornar á España, de donde fueron segregados por un momento. Otros cinco ó seis mil ginetes debian salir de los depósitos de doce regimientos de caballeria destinados á España. Este refuerzo total, con las tropas de los trenes, de ingenieros y de artilleria, constaba de mas de cien mil hombres; y completarian los ciento veinte y cinco mil, cuya reunion estaba proyectada, quince ó diez y ocho mil soldados de la guardia ya partidos, y siete ú ocho mil sacados del Piamonte, donde residian los depósitos del ejército de Cataluña. Por último quedaban dos hermosas divisiones, las que en la última campaña de Austria habian servido á las órdenes del mariscal Oudinot, al lado de la heroica division de Saint Hilaire y aprendido la guerra en Essling y Wagram. Se componian de cuartos batallones: los pertenecientes á regimientos estacionados en el Norte, fueron destacados para regresar á sus cuerpos: los pertenecientes á regimientos de los que servian en España fueron encaminados hácia el oeste de Francia, donde descansaban á las órdenes del general Drouet (conde de Erlon) prontos á formar una nueva reserva detrás del grande ejército de Portugal. De esta suerte entendia Napoleon proporcionarse el refuerzo de ciento cincuenta mil hombres que pensaba enviar á la Península en 1810, y que completaba la masa de mas de cuatrocientos mil hombres dedicados á esta guerra devoradora.

Permitiendo Napoleon la expedicion á Andalucia, que debia ejecutar José al frente de setenta mil veteranos reunidos junto á Madrid, discurrió que, terminada aquella, se podrian destacar lo menos treinta mil de estos soldados y trasladarlos hácia el Alentejo; que, dirigiéndose sobre Lisboa estos treinta mil hombres por la izquierda del Tajo, mientras Massena marchaba allá por la derecha con los sesenta mil hombres de Ney y de Junot, con los quince mil de la guardia, con los diez mil ginetes de Monthbrun, sin meter en cuenta la reserva de Drouet, seria imposible á los ingleses resistir una masa tan agobiadora de fuerzas, y que haciéndose inevitable su embarque, la campaña de 1810 seria quizá la última de la guerra de España. Antes de haber aprendido por una cruel experiencia lo que venian á ser los ejércitos bajo el clima de la Península, se podian concebir, hasta con la gran perspicacia de Napoleon, tan lisongeras esperanzas.

Por consiguiente, sin desviarse de su objeto esencial, que era de continuo la expulsion de los ingleses, permitió Napoleon la expedicion de Andalucia, la cual no debia ser á sus ojos mas que el empleo útil de las fuerzas concentradas en rededor de Madrid, mientras se reunieran en Castilla los elementos del grande ejército de Portugal destinado á marchar sobre Lisboa al mando del ilustre Massena.

Al consentir Napoleon en la expedicion de Andalucia, prescribió á José las precauciones que se debian observar en tal empresa. Mandóle marchar con tres cuerpos, el cuarto bajo el general Sebastiani, el quinto bajo el mariscal Mortier, el prime-